



1912  
970

CARAY  
y  
CARAY

**PROPÓSITO VANO**

Es inútil tu empeño; no apagarás esta luz, que seguirá brillando cada vez más, por los siglos de los siglos.



## MONTEANDO

En plena selva.

Un sol que parecía enorme fogón hecho con varias docenas de rollizos de quebracho colorado.

Un sol bruto, capaz de achicharrarle las alas a los mosquitos. La pobre tierra gemía bajo el bochorno, abriéndose en grietas que semejaban las áridas fauces de los perros.

Juan Ignacio, empapado en sudor, transido, dejó caer el hacha, y recostándose al árbol, exclamó con rabia de vencido:

— ¡No puedo más!...

Cristilo, un santiagueño de pura cepa, petizo, morrudo, de tez color de caoba y cuyos brazos parecían dos ramas de quebracho, interrogólo:

— ¿Y qui li duele, compañero? ...

— ¡Me duele el lomo y me duelen los brazos de pegarle hachazos a este árbol, más duro que un rail del fierrocarril!...

— ¡Velay!... Aquí simos duros, los palos y los hombres, no como ustedes, los porteños, que no tienen más que ombuses y sauces, madera pa rajar con la uña...

— ¡Lo qué raja aquí es el sol!...

— ¡Si ahora no hace sol!... ¡es una migajita de sol no más!...

Y suspendiendo la conversación, Cristilo se escupió en la palma de la mano, se afirmó en los garrones y descargó sobre el quebracho hercúleo, ya mortalmente herido, un formidable golpe de hacha, choque de hierro contra hierro, que repercutió en la selva, asustando a los pájaros grandes, los de pupilas rojas, recias garras y poderosas régimes.

El árbol, sujeto a la vida por un palmo de su grueso tórax, gimió como un titán vencido; se inclinó lentamente para acostarse, aplastando con el peso de su cuerpo enorme, toda la joven arboleda circunvecina. Fué como el derrumbe de una torre de catedral minada en su base, que disloca la bóveda de la nave y la hunde en el suelo, sin respetar ni el sagrario del tabernáculo. Su caída retumbó en el bosque, produciendo el estupear que experimenta la humanidad ante la prematura muerte de un héroe.

El fornido leñador volcó una despreciativa mirada sobre el gigante, que muerto y yacente aparecía más grande que en vida, y dijo, con la indiferencia del carnicero que tienta el filo de su cuchilla degolladora:

— Este ¡astá... Era morrudo, pero caió... ¡No había e cair!...

Luego, advirtiendo la expresión admirativa del ros-

tro de Juan Ignacio, exclamó alargando perezosamente las sílabas:

— No si ásombre, compañero, que tuito es asunto 'e baquía; manejando bien l'hacha el palo más duro resulta blandito como púchero de óveja...

— Sí; pa todo hay que aprender, hasta pa ser ladrón.

— ¡Oy, oy, oy!... Pa ser ladrón sin dejarse iebarr preso ¡a si precisa estudio de dotor... ¿Usté nunca istuvo preso?

— Sí, estuve.

— ¿Por ladrón?...

Juan Ignacio irguióse indignado y respondió:

— ¡No!... ¡Por matar un ladrón!...

— ¡Ah!, disculpe s'iba rumbiando mal... Tome un buchito de aloja y cuente... Pa contar cosas lindas hay qui éstar medio chumao... Io no puedo merendar un ladrón... Una vez casisito, me mato a uno qui me robó una guatana y un colgaje...

— ¿Y no lo mató?

— No mi dió tiempo: la guatana y el colgaje los tenía puesto mi cabaito óvero y lo montó y si jué como luz mala...

— ¡A mi me dió tiempo p'abrirle la cabeza de un hachazo!

— ¡Oy, oy, oy!... ¿Y la partió?...

— ¡Cómo sándia!

— ¡María Santísima!... La cabeza de un cristiano es más blanda que un corazón de quebracho... pero ¡o no mi atriviría a partirla... ¿Y qui li había robao?...

— ¡Mi mujer!

— ¡Oy, oy, oy, oy!... ¿Y por eso lo mató al pobrecito?... Io lo hubiese convidao con una chafaina 'e chivito... Nosotros tenimo un cantar qui cantamo:

El amor de las mujeres  
Es lo mesmo que l'albaca,  
Que más ligero retoña  
Cuanti más hojas se arranca...

¡Velay!...

— ¡Poca importancia le da usté a la mujer!

— Menos qui al ijar donde duermo la siesta... Oigamé: la mujer es como la cañanada 'e maíz: antis di comerla, hay qui aventarla bien pa qui no s'enllene la boca 'e ciniza!...

MARTÍN LAGUNA.

Dib. de Fortuny.